

Campamentos *enapinos* en Tierra del Fuego. Perspectivas desde el patrimonio industrial¹

Enapinos company towns in Tierra del Fuego. Perspectives from industrial heritage

PÍA ACEVEDO MÉNDEZ *

CARLOS ROJAS SANCRISTOFUL **

RESUMEN

Los campamentos petrolíferos, Manantiales, Clarencia, Percy, Cullén y Cerro Sombrero, creados por la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) en Tierra del Fuego, pueden ser considerados patrimonio industrial de la Región de Magallanes. Estos emplazamientos fueron construidos entre los años 1949 y 1962, con el objetivo de concentrar las actividades productivas y habitacionales de los trabajadores. La activación y reconocimiento de los campamentos enapinos desde la perspectiva de conjunto patrimonial, implica desarrollar iniciativas de registro de las memorias y experiencias de los sujetos que vivieron en estos lugares, otorgando sentido y pertinencia a estos espacios que actualmente, a excepción de Cerro Sombrero, se encuentran abandonados y/o deshabitados.

PALABRAS CLAVE: *Patrimonio industrial, patrimonio enapino, ENAP, petróleo Magallanes, campamentos petroleros.*

ABSTRACT

The company towns of Manantiales, Clarencia, Percy, Cullén, and Cerro Sombrero, created by Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) Company in Tierra del Fuego can be considered to be an industrial heritage of Magallanes region. These settlements were built between 1949 and 1962 with the aim to concentrate the productive activities and housing of the workers. The activation and recognition of enapinos camps (ENAP'S camps) from the perspective of patrimonial complex implies developing initiatives of documenting memories and experiences of the people that lived in those places, granting sense and relevance to these spaces, which nowadays, with the exception of Cerro Sombrero, are abandoned.

KEYWORDS: *Industrial heritage, enapino heritage, ENAP, Magallanes oil, oil camps.*

¹ Investigación en el marco del proyecto “Memorias e identidades petroleras. Un caso de Patrimonio industrial inmaterial en el Fin del Mundo”, financiado por FONDART Regional Magallanes, año 2015, folio N° 81767.

* Magíster © en Gestión Cultural, Universidad de Chile. Historiadora Centro de Documentación del Patrimonio del Valle Central. Universidad de Talca. E-Mail: pia.acevedo@gmail.com

** Magíster © en Historia, Mención América Latina. Universidad de Santiago de Chile. Investigador Instituto de Estudios Patrimoniales. E-Mail: carlos.rojas.san@gmail.com

PRESENTACIÓN

En 1950 el Estado de Chile creó la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP) para que pusiera en marcha las operaciones de explotación del crudo y, prontamente, la empresa consideró la construcción de poblaciones permanentes para el alojamiento de los trabajadores y sus familias (Martinic, 2013), dando vida a los campamentos Manantiales (1949), Clarencia (1950), Percy (1950), Cerro Sombrero (1958) y Cullén (1962).

Actualmente estos emplazamientos se encuentran deshabitados, sin embargo la experiencia y las memorias de los ex pobladores *enapinos* nos ofrecen una oportunidad para comprender, desde la perspectiva de los sujetos, la forma en que fueron habitados en un contexto histórico determinado; experiencia sobre la que existe un registro parcial a través del *Boletín Infórmese*, editado por la misma empresa y en el cual el relato de los trabajadores queda subsumido por el institucional.

Para efectos del presente trabajo consideramos el patrimonio industrial como una tipología que excede los límites de la monumentalización propios de la dimensión material del patrimonio e incorpora la experiencia e interacciones de los trabajadores con aquellos elementos de la cultura material del contexto industrial en el que se desarrolló, develando a través de la memoria los usos, representaciones, conocimientos y técnicas de las cuales fueron partícipes los trabajadores (Álvarez, 2006; Pardo, 2008; Álvarez, 2010).

En ese sentido, la red de campamentos que instaló ENAP en Tierra del Fuego, desde una perspectiva patrimonial, despierta un gran interés; sin embargo es desde el campo específico del patrimonio industrial que cobra su mayor relevancia, pues si bien en 2014 parte de Cerro Sombrero se declaró Zona Típica y Monumento Histórico, esta declaración se remite casi exclusivamente a sus características arquitectónicas. Hasta el momento no existen estudios que releven la red de campamentos *enapinos* como un patrimonio industrial de carácter específico con valor de conjunto y que incorpore las experiencias de los ex trabajadores/pobladores como un eje central del carácter patrimonial de esos espacios.

Desde esa óptica, esta reflexión pretende explorar las posibilidades de reconocer el valor patrimonial industrial de esta red de campamentos.

EL PATRIMONIO INDUSTRIAL

La complejidad del proceso de patrimonialización ha llevado a la construcción de un subsistema dentro del campo cultural abocado a la problemática específica de lo patrimonial (Alegría, 2004) y, paralelamente, a una serie de subcampos patrimoniales como el Patrimonio Industrial, que encuentra sus orígenes en la denominada *Arqueología Industrial* que se desarrolló en Gran Bretaña a partir de 1960. Esta *Arqueología Industrial* desde sus inicios se ocupó de todos aquellos vestigios que, abandonados, en peligro de desaparición o en uso y funcionamiento, se relacionaran con la actividad industrial, haciéndose cargo de documentos, artefactos,

asentamientos humanos, terrenos naturales y urbanos creados por procesos industriales (Álvarez, 2010, p. 13). Sin embargo, en el contexto de emergencia del sujeto en las ciencias sociales (Sarlo, 2007) fue necesario generar vasos comunicantes que alentaran una recuperación de los conjuntos industriales desde una perspectiva que integrara la dinámica material e inmaterial, desarrollándose, de este modo, la tipología de patrimonio industrial hacia la década de 1970. Si bien esta tipología remite tácitamente a la arqueología industrial, permite visualizar las áreas industriales como un conjunto, con una visión integral del espacio productivo y valorando las relaciones sociales que surgieron de las múltiples interacciones al interior de ellas.

Para Pardo (2008), el interés del patrimonio industrial es desarrollar una interpretación global de los elementos existentes, que reconozca los espacios industriales desde su valor de conjunto y en el que las experiencias inmateriales surtan de legitimidad a los vestigios materiales. En términos amplios y complementando al mismo autor, Álvarez (2010) entiende por patrimonio industrial “al conjunto de elementos de explotación industrial, generado por las actividades económicas de cada sociedad que responde a un determinado proceso de producción y a un sistema tecnológico concreto caracterizado por la mecanización dentro de un determinado sistema socioeconómico” (p. 14). Sin embargo, también da cabida a la articulación de la dimensión de lo inmaterial e identitario de una comunidad que le otorga sentido a esa materialidad. Por eso se agrega a su definición un guiño a lo inmaterial, toda vez que el patrimonio industrial es “un testimonio de lo cotidiano y la *memoria* del trabajo y del lugar (...) Sin hombres, los edificios y las máquinas resultarían vacíos de contenido” (Álvarez, 2010, p. 15).

En referencia a las dimensiones material e inmaterial, la *Carta de Nizhny Tagil sobre el Patrimonio Industrial* (2003) del The International Committee for the Conservation of the Industrial Heritage (TICCIH) recoge los principales lineamientos acerca del Patrimonio Industrial establecidos por el International Council on Monuments and Sites (ICOMOS), destacando los vasos comunicantes entre materialidad e inmaterialidad, sumando como elemento de valor de esta tipología de patrimonio el valor social que da sentido y legitimidad a los espacios industriales pues posee “parte del registro de vida de hombres y mujeres corrientes, y como tal, proporciona un importante sentimiento de identidad” (TICCIH, párr. 10).

De acuerdo a esto, el patrimonio industrial surgió como una categoría integral, en que la comprensión y valoración de un conjunto industrial desde su materialidad, no excluye las experiencias colectivas, sino que estas otorgan valor testimonial que devela el sentido de la existencia de estos lugares. Al decir de Álvarez (2010), el patrimonio industrial es un vehículo de transmisión de formas culturales, que

Con independencia de su estado de conservación, cobra especial importancia en su carácter de vehículo de transmisión de formas de ver y entender la vida: el patrimonio intangible. Es, por tanto, el patrimonio industrial testimonio de lo cotidiano y, sobremanera, memoria colectiva del trabajo y del lugar. (p. 22)

En cuanto a la legislación patrimonial en Chile, su desarrollo se encuentra todavía en ciernes, lo que se evidencia en el aún menor reconocimiento de la variable industrial como campo

específico, generando como problema la falta de “registro adecuado de las obras y los espacios en los cuales tuvieron lugar los acontecimientos que contribuyeron a construir la memoria viva de la sociedad industrial” (Bonomo & Ibarra, 2012). La Ley 17.288 de Monumentos Nacionales, protege las categorías de monumento histórico, público, sitio arqueológico, zonas típicas y pintorescas y santuarios de la naturaleza, pero no hace alusión a conjuntos industriales y menos aún a las memorias de sus trabajadores. En este contexto, es complejo levantar un diagnóstico preciso respecto a la relevancia que cobra el patrimonio vinculado a los ex campamentos para la comunidad que los habitó.

Uno de los pioneros en trabajar patrimonio industrial en Chile ha sido Jaime Migone (2003), quien desarrolló, desde un enfoque arqueológico, un trabajo de inventario de espacios industriales con características patrimoniales.

Desde un punto de vista arquitectónico, Eugenio Garcés (1999, 2007, 2013) ha desarrollado parte de su trabajo en torno a la configuración de las ciudades del salitre y del cobre en el norte del país. Su investigación más reciente apunta a comprender la configuración de los diferentes espacios urbanos y naturales de Tierra del Fuego, refiriéndose a sus estancias y, ocasionalmente, a algunos espacios industriales de ENAP como entes aislados. También desde la arquitectura, Pizzi, Valenzuela y Benavides (2010) relevan la importancia del patrimonio ferroviario de Santiago como vestigios del periodo de desarrollo industrial de Chile, reflexionando además en torno a la institucionalidad y la legalidad vinculada al patrimonio y las posibilidades específicas que presenta la tipología de patrimonio industrial para una tarea de resguardo.

Desde una perspectiva historiográfica que complementa esta mirada arquitectónico–arqueológica de lo industrial, encontramos algunas reflexiones sobre las condiciones de la industria nacional durante los siglos XIX y XX en los trabajos de Marcello Carmagnani (1998), Luis Ortega (2004, 2005, 2009), Rafael Sagredo (2012), Armando de Ramón (2000) y Gabriel Salazar (2000). La vida de los obreros al interior de las industrias también ha sido motivo de análisis como lo señalan los aportes de Thomas Klubock (1995), Vicente Espinoza (1998) y Luis Alberto Romero (1997). El historiador Mario Garcés (2003), también ha abordado esta temática, reflexionando sobre la historia oral de las organizaciones obreras y aportando interesantes datos a la comprensión de la construcción de las memorias obreras mencionadas en la constitución del Patrimonio Industrial. Asimismo, trabajos como el de Macarena Ibarra y Umberto Bonomo (2012) dan cuenta de los primeros acercamientos a la conceptualización de Patrimonio Industrial Inmaterial vinculada a la Fábrica Central de Leche de Santiago, evidenciando la intención de relevar los vestigios materiales e inmateriales de esta industria nacional.

Desde el punto de vista regional, Mateo Martinic (1983) y Pamela Domínguez (2011) han abordado, desde la historia y la arquitectura, la configuración de los espacios industriales en la zona austral.

Si bien estos estudios no forman parte del campo del patrimonio industrial propiamente tal, no podemos desconocer el avance y su aporte como punto de inicio para cualquier trabajo

abocado a esta temática en nuestro país. A estas contribuciones consideramos que se debe adicionar fuentes primarias como, por una parte, los boletines emitidos por las empresas para la reconstrucción cronológica de actividades y, por otra parte, los testimonios de los trabajadores y sus familias para vislumbrar las dinámicas de funcionamiento de las maquinarias y los espacios industriales de habitabilidad, lo que no ha sucedido previamente de manera sistemática.

LA CONFIGURACIÓN DE ESPACIOS INDUSTRIALES PETROLEROS EN LA ISLA DE TIERRA DEL FUEGO

Desde una perspectiva histórica, la expansión de actividades industriales en la Región de Magallanes guarda relación con tres actividades económicas: minería aurífera, ganadería y explotación de hidrocarburos. La extracción de oro iniciada hacia 1881, adquiere tal dinamismo que en 1894 se funda la ciudad de Porvenir, tanto para la satisfacción de necesidades mineras como de “la más reciente colonización pastoril” (Martinic, 2013, p. 55). Paralelamente la industria ganadera cobró mayor relevancia en el desarrollo económico y urbano de Tierra del Fuego, produciéndose en 1876 la primera internación de ovejas, situación que fue gradualmente aumentado de la mano de las “Sociedades Explotadoras” que edificaron estancias productoras de carne y lana, lo que permitió la permanencia de los trabajadores en la zona. Desde entonces, y hasta la primera mitad del siglo XX, la minería aurífera y la ganadería fueron dotando de población a este aislado territorio nacional; sin embargo la actividad petrolera fue la que desplegó una red de caminos, infraestructura y poblados que posibilitaron la presencia humana permanente en la isla, la cual no existía con anterioridad a la extracción de petróleo (Martinic, 2013, p. 70).

Las faenas petroleras llevaron a ENAP a distribuir infraestructura y maquinaria capaz de abastecer el proceso en gran parte de la zona norte de Tierra del Fuego, creando dos terminales marítimos y tres campamentos. A partir de entonces comienza una nueva etapa de ocupación de la isla que implicó configurar el territorio no solo como espacio productivo, sino que también como un espacio urbano, habitacional y social.

El modelo de espacios de vida vinculados geográficamente a la actividad industrial, también denominado como “conjunto industrial” (Pardo, 2008), es bastante recurrente en empresas vinculadas a la actividad primaria y secundaria de la economía. En Chile existen casos como los espacios del salitre, del cobre y del carbón, entre otros, en los que el diseño espacial también apuntaba a la satisfacción de la mayoría de las necesidades de los trabajadores para que estos no tuvieran que recorrer grandes distancias entre su casa y su trabajo, debido a que sus espacios laborales se encontraban a una distancia importante de los principales centros urbanos de las regiones. Al igual que en estos casos, ENAP adoptó el modelo extranjero:

Optó por configurar sus espacios bajo la perspectiva de poblado cerrado por lo que la propiedad total (viviendas, instalaciones, infraestructura, suministro de servicios, etc.) pasaba a ser de la ENAP y los residentes habrían de tener únicamente la condición de meros usuarios. No había en la modalidad posibilidad alguna de radicarse de manera

indefinida, con propiedad de la vivienda ni que terceros ajenos pudieran instalarse adquiriendo edificaciones y desarrollando actividades libres. (Martinic, 2013, p. 70)

Bajo esta perspectiva es que en la empresa, luego de un tiempo de trabajos en la isla, “primó el principio social de fomento y protección a la estabilidad familiar y a la comunidad. Así con buen criterio se dispuso de poblaciones para la radicación de grupos familiares” (Martinic, 2013, p. 75). De esta manera es que surgen los cinco campamentos de ENAP en Tierra del Fuego: Manantiales (1949), Puerto Percy (1950), Clarencia (1950), Cerro Sombrero (1958) y Cullén (1962), los cuales se ubicaban contiguos a los lugares productivos de los trabajadores. Cada campamento contaba con servicio de alcantarillado y agua potable, además de escuelas (Figura 1), policlínicos y espacios equipados para el esparcimiento de la comunidad como por ejemplo cines y gimnasios (Figura 2).



Fig. 1. Escuela G-40, Campamento Puerto Percy.
Fuente: Pía Acevedo, 2014.

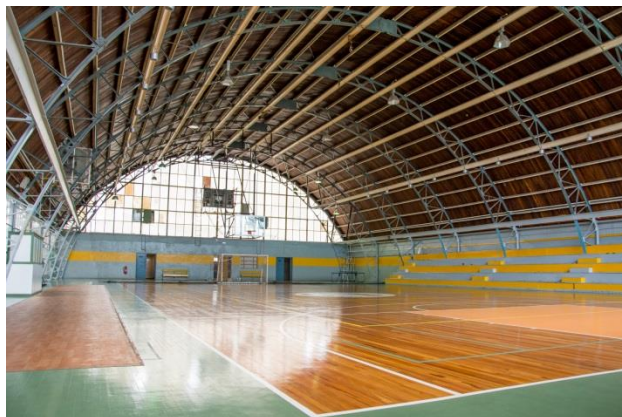


Fig. 2. Gimnasio Cerro Sombrero.

Fuente: Pía Acevedo, 2014.

El primer campamento, Manantiales, comenzó a operar una vez que hubo más de una treintena de pozos productivos. Cada uno de estos pozos implicaba para la empresa la construcción de una cantidad importante de obras complementarias de vialidad, además de diversa infraestructura al servicio de la explotación. De esta manera, y frente a la necesidad productiva, se dotó a Manantiales de edificaciones en las que se instalaron oficinas, bodegas, talleres, además de la primera población-campamento como “base de operaciones de la vida petrolera” (Martinic, 2013, p. 69).

En 1950 se pusieron en operación los terminales-puertos de Puerto Percy y Clarencia en la zona de Bahía Grande en Tierra del Fuego. Desde estos lugares se transportaban los embarques de gas y petróleo producido por ENAP a las diferentes zonas del país, incluyendo a las refinerías de las regiones de Valparaíso y Bío-Bío. Ambos lugares ocupaban un rol específico dentro de la cadena productiva del petróleo y desde cada uno de ellos salían diferentes productos al resto del país. Desde Clarencia, se enviaron durante su etapa productiva más de mil embarques de crudo y desde Puerto Percy, gas licuado a distintas zonas de Chile (Figura 3). En ambos lugares a la empresa “le bastó con acondicionar conjuntos de viviendas y disponer del equipamiento complementario de servicios para permitir una vida autosuficiente y confortable a los residentes” (Martinic, 2013, p. 75).



Fig. 3. Entrada campamento Puerto Percy y muelle de carga durante sus años operativos.

Fuente: Pía Acevedo, 2014.

Por su parte, entre los años 1958 y 1961 nace “el campamento Cerro Sombrero, como el primer centro poblado planificado desde su origen (ex novo) en Tierra del Fuego” (Domínguez, 2011, p. 33). El diseño del campamento –iniciado en 1955– estuvo a cargo al Jefe del Departamento de Arquitectura de ENAP, Julio Ríos Boettiger y de Flora Vera Larraguibel, ambos arquitectos de la Universidad de Chile.

Cerro Sombrero debía cumplir con condiciones de comodidad y habitabilidad para las familias que allí se instalarían y harían uso de los diferentes espacios del campamento, fomentando así un camino seguro hacia el progreso y la modernización del país, en el cual los trabajadores serían protagonistas de la hazaña petrolera.

Llevar la modernidad y el progreso a Tierra del Fuego, a través de la Empresa Nacional del Petróleo y la fundación y construcción de Cerro Sombrero, fue un esfuerzo inédito para el Estado, pero necesario para ponerse a la altura de las aspiraciones de un Chile Moderno y comprometido con el progreso del país. (Domínguez, 2011, p. 35)

Finalmente, a 60 kilómetros de Cerro Sombrero se creó el Campamento Cullén, que comenzó sus faenas en el año 1962, siendo el último de los poblados construidos por ENAP en la isla.² El objetivo de esta planta era el tratamiento de gasolina, cuya faena requirió trabajadores que se instalaran de manera permanente y el levantamiento de infraestructura para estos *enapinos*.

² Este campamento adopta el nombre de la zona, Cullén, bautizada así por el ingeniero Julio Popper, colonizador de Tierra del Fuego, en homenaje a su amigo y colaborador, el Dr. Joaquín Cullén, por la ayuda material prestada por el médico en las distintas exploraciones realizadas por Popper en la isla.

El diseño de Cullén estuvo a cargo de Flora Vera Larraguibel, quien también participó en el de Cerro Sombrero (Domínguez, 2011). Este espacio difirió del resto de los campamentos nombrados anteriormente, ya que para su construcción no se utilizó concreto como materia prima, sino que se diseñaron casas modulares.

Todos los campamentos instalados en Tierra del Fuego contaban con áreas de esparcimiento que permitían la interacción entre los trabajadores, en las cuales los trabajadores y sus familias compartían instancias culturales como el Festival de la Canción Enapina y actividades deportivas como las Olimpiadas Enapinas (Figura 4). Estas áreas actuaban como “un medio eficiente para fomentar la convivencia social y deportiva y formar así un núcleo férreamente unido por la camaradería” (*Boletín Infórmese*, ENAP, 1965).

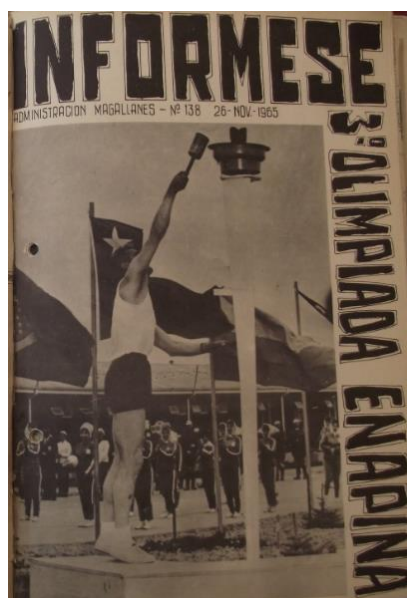


Fig. 4. *Boletín Infórmese* (1965).

Fuente: Archivo Biblioteca Nacional. Fotografía Pía Acevedo, 2014.

Los diferentes espacios de estos campamentos no sólo remiten a un patrimonio construido y material, sino que también inmaterial. El rol de la Empresa Nacional del Petróleo en la configuración de los espacios y el desarrollo de actividades deportivas y culturales en los campamentos, además de la publicación mensual del *Boletín Infórmese* (1961) son parte de la herencia inmaterial que queda en torno a los espacios físicos y en los cuales se inscribe este estudio de los campamentos de ENAP en Tierra del Fuego.

Las características que hacen particulares a los campamentos petroleros y que nos permite entenderlos como un conjunto, remiten a las relaciones de convivencia que se daban entre los distintos campamentos. Como señalamos, en primer lugar el deporte fue una instancia medular de interacción y fue fortalecido por las características espaciales y urbanas, que consideraban en su infraestructura la construcción de amplios gimnasios destinados a la vida social y la recreación.

Juan Velásquez (81), ex poblador y trabajador del campamento Manantiales entre 1954 y 1978, describe las actividades entre los campamentos como un elemento fundamental de unión y recreación:

Nuestras mujeres y nuestros hijos, todos eran verdaderas familias. Si habían cincuenta o cien pobladores, todos éramos familia. Todos los campamentos éramos unidos y hacíamos actividades juntos, como las Olimpiadas Enapinas. Nos uníamos Manantiales, Percy, Cullén y Sombrero y competíamos sanamente. Esto se hacía para mantener una tremenda unión de nosotros y nuestros hijos. Teníamos escuelas, hospitales y tratábamos de hacer buen uso de lo que ENAP nos daba. (Entrevista, marzo 2014)

En efecto, los deportes en equipo eran fundamentales para la articulación imaginaria de una comunidad *enapina*, destacando el *football* y el palitroque, además del deporte más requerido por las mujeres, como el *volleyball*. Juan Calisto (61), expoblador de Cullén en 1974 manifestó que:

Habían muchos deportes como *volleyball* y brisca que jugaban las mujeres. Los hombres practicábamos mucho palitroque y hacíamos campeonatos al interior de los campamentos y con los otros campamentos. Habían canchas de *tennis*, de *basquetball* y para los que gustaban de la piscina podían ir a Cerro Sombrero, que tenía una piscina muy grande para los *enapinos*. El palitroque fue un deporte muy importante para los campamentos, incluso yo recuerdo que en cada campamento habían 12 o 14 equipos y yo diría que era casi tan importante como el *football*. Los campeonatos entre campamentos eran muy buenos, sobre todo en Cullén y Sombrero que eran peleas a muerte. (Entrevista, marzo 2014)

Por otra parte, en el ámbito cultural, se desarrollaron festivales con la ayuda de la misma empresa, posibilitando las relaciones entre los trabajadores y sus familias, así como también entre campamentos. Rina Oyarzún (64), asistente social entre 1976 y 2006, señala lo siguiente:

Dentro de las actividades recreativas estaba el Festival de la Canción de Cerro Sombrero en el que participaban todos los campamentos, el encuentro folclórico, que lo organizaba Cullén y que participaban los conjuntos folclóricos de todos los campamentos, igual eran dos o tres días de actividades. (...) Las actividades las organizaba la empresa a través de monitores y profesores de educación física. (Entrevista, junio 2014)

En general el recuerdo de los expobladores en relación a las instancias colectivas, enfatiza la convivencia generalizada y sin distinciones de ningún tipo, incluso más allá del puesto que cada uno tuviera en el ámbito laboral. Marisol Oyarzo (44) hija de un trabajador *enapino* y que vivió gran parte de su infancia en los campamentos-puertos de Clarencia y Percy manifiesta que “nos juntábamos todos como familias, típico que cuando se juntaban grupos se hacían fiestas, bailábamos y compartíamos todos juntos, porque todos los que vivíamos en campamentos éramos una gran familia sin diferencias sociales” (Entrevista, junio 2014).

También en referencia a este punto, Juan Calisto recuerda la fraternal convivencia en los campamentos bajo la noción de *gran familia*:

Los niños que crecieron en los campamentos crecieron sin maldad, sin desconfianza. Nadie le hacía mal a nadie, nadie te iba a robar. Para nuestros hijos todas las personas mayores, sin excepción, eran sus tíos porque terminaban siendo personas cercanas y que los cuidaban y se preocupaban por ellos. (Entrevista, marzo 2014)

En definitiva, la condición de “espacio cerrado” de los campamentos, es decir, la imposibilidad de que sujetos que no estuvieran vinculados a ENAP habitaran en estos espacios y utilizaran sus instalaciones, generó en los expobladores la sensación de ser una “*gran familia*”. Esta sensación se debía a que frecuentaban los mismos lugares y generalmente participaban en las mismas actividades, en las cuales se encontraban con los compañeros de trabajo, que a su vez podía ser vecinos, compañeros de equipo deportivo y/o apoderados de la única escuela del lugar. Al no haber “otros” más allá de los *enapinos*, sean estos trabajadores, cónyuges y/o hijos, el imaginario de comunidad que se generó al interior de estos espacios legitiman en la actualidad aquellas memorias *enapinas* que permiten reconocer características pertinentes para el desarrollo de la tipología de patrimonio industrial.

Como consignan estos testimonios, a pesar del cierre de los campamentos del petróleo y del traslado de sus trabajadores y pobladores a diferentes ciudades, las experiencias y los vestigios materiales asociados a estas, siguen siendo parte del anclaje de la memoria de los expobladores *enapinos*. Actualmente las antiguas instalaciones habitacionales, contiguas a la infraestructura productiva, se encuentran deshabitadas, a excepción de Cerro Sombrero, traspasada a la administración del Estado en 1965, y en la actualidad capital de la Comuna de Primavera. Si bien es posible constatar el deterioro material de los vestigios de la antigua infraestructura habitacional, el patrimonio inmaterial sigue vivo, ya que existen muchos expobladores dispuestos a ser entrevistados y que poseen material visual y escrito de distinta índole, que puede servir a la tarea de reconstruir la experiencia de vivir en los diferentes campamentos.

CONCLUSIONES

Aún quedan interrogantes por despejar sobre la construcción de los campamentos ENAP en Tierra del Fuego, así como también sobre la cantidad de trabajadores que alcanzaron a habitarlos en su época de mayor auge. Existe un escaso registro del cierre de cada uno de estos espacios, de la situación en que quedaron los trabajadores y, menos registro aún, de la situación actual de conservación en la que se encuentran estos campamentos.

Bajo esta premisa es que la aproximación a los campamentos del petróleo y a los modos de vida de sus exhabitantes a través de sus testimonios, nos permite entenderlos como soportes que posibilitan la creación de nuevas memorias en el marco de las transformaciones de usos y funciones de estos recintos industriales (Ibarra & Bonomo, 2012).

Aunque en la actualidad los campamentos no cuentan con la posibilidad de ser resguardados como Patrimonio Industrial, existen herramientas de protección como la categoría de Zona Típica y Monumento Histórico, tal como se señaló en el caso de Cerro Sombrero.

En ese contexto, a pesar de los vacíos en relación a una protección legal que resguarde oportunamente los vestigios materiales de las experiencias industriales, el trabajo de registro de las memorias y experiencias de los sujetos que vivieron en los campamentos *enapinos*, es la base constitutiva para la activación y reconocimiento de estos lugares como un conjunto que da vida a un patrimonio industrial en la Región de Magallanes.

REFERENCIAS

- Alegría, L.** (2004). Dialéctica del campo cultural patrimonial. El caso del museo de etnología y antropología de Chile (1912-1929). *Revista MAPOCHO* (56), 139-156.
- Álvarez, M.** (2006). Musealización de espacios industriales: el patrimonio olvidado. En R. Calaf y O. Fontal (Eds.), *Miradas al Patrimonio*. Gijón: Ediciones Trea.
- Álvarez, M.** (2010). La herencia cultural e industrial en el paisaje: Patrimonio Industrial, Paisaje y Territorios Inteligentes. *Labor & Engenho*, 4(1), 78-100.
- Domínguez P.** (2011). *Cerro Sombrero, Arquitectura Moderna en Tierra del Fuego*. Santiago de Chile: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- Gárces, E.** (1999). *Las ciudades del Salitre: un estudio de las oficinas salitreras de la región de Antofagasta*. Santiago de Chile: Editorial Orígenes.
- Gárces, E.** (2007). *Las Ciudades del Cobre: Sewell, Chuquicamata, El Salvador, San Lorenzo, Pabellones del Inca, Los Pelambres*. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile.
- Gárces, E.** (2013). *Tierra del Fuego. Historia, Arquitectura y Paisaje*. Santiago de Chile: Ediciones ARQ.
- Garcés, M.** (2003). *Crisis Sociales y motines populares hacia 1900*. Santiago de Chile: LOM ediciones.
- Ibarra, M. & Bonomo, U.** (2012). De la fábrica a la vivienda. La protección de la memoria obrera en torno a la Fábrica Central de leche. *Apuntes*, 25(1), 50-61.
- Martinic, M.** (1983). *Historia del Petróleo de Magallanes*. Punta Arenas: ENAP Magallanes.
- Martinic, M.** (2013). Las Etapas de ocupación. En Garcés, E., Sabaté, J., Kroeger, F., Martinic, M., Piwonka, N. & Cooper, M. *Tierra del Fuego. Historia, Arquitectura y Territorio* (49-80). Santiago de Chile: Ediciones ARQ.

- Migone, J.** (2003). *Pre Inventario para la catalogación del patrimonio industrial chileno*. (Tesis de doctorado). Politécnico de Milán/Universidad Central de Chile, Santiago de Chile.
- Pardo, C.** (2008). *Turismo y Patrimonio Industrial*. Madrid: Síntesis.
- Pizzi M., Valenzuela, M. & Benavides, J.** (2010). *El Patrimonio arquitectónico industrial en torno al ex ferrocarril de circunvalación de Santiago. Testimonio del desarrollo industrial manufacturero en el siglo XX*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Sarlo, B.** (2007). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- TICCIH.** (2003). *Carta de Nizhny Tagil sobre Patrimonio Industrial*. Recuperado de <http://ticcih.org/wp-content/uploads/2013/04/NTagilSpanish.pdf>